

SAN SEBASTIÁN

San Sebastián, 2 de agosto.

Ya estoy en España. Por lo menos tengo un pie en ella. Éste es un país de poetas y contrabandistas. La naturaleza es magnífica; salvaje, como necesitan los soñadores; áspera, como conviene á los ladrones. Una montaña en medio del mar. La huella de las bombas en todas las casas, la huella de las tempestades en todas las rocas, la huella de las pulgas en todos los caminos; esto es San Sebastián.

¿Pero aquí estoy realmente en España? San Sebastián está unido á España, como España está unida á Europa, mediante una lengua de tierra. Es una península en la península; y aquí una vez más, como en multitud de otras cosas, el aspecto físico toma la figura del aspecto moral. En San Sebastián se es apenas español; se es vascongado.

Esta es la Guipúzcoa, el antiguo país de los fueros, son las viejas Provincias Vascongadas. Cierto que se habla un poco el castellano, pero háblase sobre todo *vascuence*. Las mujeres llevan mantilla,

pero no llevan basquiña; y aun la mantilla, que las madrileñas llevan con tanta coquetería y gracia hasta los ojos, las guipuzcoanas la relegan detrás y á la parte superior de la cabeza, lo cual no impide que sean muy coquetas y muy graciosas. Por la noche se baila sobre el césped haciendo chasquear los dedos en el hueco de la mano; no es más que una sombra de las castañuelas. Las bailarinas se balancean con armoniosa elasticidad, pero sin calor, sin fuga, sin entusiasmo, sin voluptuosidad; no es más que una sombra de la cachucha.

Y después, por todas partes hay franceses; en la villa, de doce comerciantes que tengan *boticas* (tiendas), tres son franceses. No lo lamento; hago constar el hecho. Por lo demás, considerándolos nada más que bajo el punto de vista de sus costumbres, entiéndase bien, todas esas villas, así de acá como de allá, Bayona como San Sebastián, Olorón como Tolosa, no son más que países mixtos. Siéntese en ellos el remolino de los pueblos que se mezclan. Son embocaduras de ríos. Ni Francia, ni España; ni mar, ni río.

Aspecto singular por otra parte y digno de estudio. Y añadido que aquí un lazo secreto y profundo, y que nada ha podido romper, une, á despecho de los tratados, esas fronteras *diplomáticas*; á despecho de los Pirineos, esas fronteras naturales, á todos los miembros de la misteriosa familia vasca. La lengua vasca es una patria, casi diría una religión. Decid una palabra vascuence á un montañés en la montaña; antes de esa palabra, apenas erais un hombre para él, y ya sois su hermano. La lengua española es aquí una extraña como la lengua francesa.

No hay duda que esa unidad vascongada tiende á decrecer y acabará por desaparecer del todo. Los grandes estados deben absorber á los pequeños; es la

ley de la historia y de la naturaleza. Pero es digno de nota que esta unidad, tan débil en apariencia, haya resistido por tanto tiempo. La Francia ha tomado un lado de los Pirineos, la España ha tomado el otro; ni Francia ni España han podido desagregar el grupo vasco. Bajo la nueva historia que se superpone á éste hace cuatro siglos, es perfectamente visible todavía como un cráter bajo un lago.

Jamás la ley de adhesión molecular bajo la cual se forman las naciones ha luchado más enérgicamente contra las mil causas de todas clases que disuelven y reconstituyen esas grandes formaciones naturales. Yo quisiera, dicho sea de paso, que los compiladores de historia y los compiladores de tratados estudiasen algo más de lo que acostumbran esa misteriosa química según la cual se hace y se deshace la humanidad.

Esta unidad vasca conduce á extraños resultados. Así la Guipúzcoa es un antiguo país de municipalidades. El antiguo espíritu republicano de Andorra y de Bagnères se ha extendido hace un siglo por los montes Jaitzquivel, que son, en cierto modo, el Jura de los Pirineos. Aquí vivíase bajo una carta, cuando la Francia estaba bajo la monarquía absoluta muy cristiana y España bajo la monarquía absoluta católica. Aquí, desde tiempo inmemorial, el pueblo elige el alcalde, y el alcalde gobierna al pueblo. El alcalde es *maire*, es juez, y pertenece al pueblo. El cura pertenece al papa. ¿Qué le queda al rey? El soldado. Pero si es un soldado castellano, el pueblo lo rechazará; y si es un soldado vasco, el cura y el alcalde tendrán su corazón; el rey no tendrá más que su uniforme.

A primera vista, parecería que una nación semejante estaría admirablemente preparada para recibir as novedades francesas. Error. Las viejas libertades

temen la libertad nueva. El pueblo vascongado así lo probó.

Al principiar este siglo, las Cortes, que hacían á cada instante y con frecuencia fuera de propósito traducciones de la constituyente, decretaron la unidad española. La unidad vasca se sublevó. La unidad vasca, parapetada en sus montañas, emprendió la guerra del norte contra el mediodía. El día en que el trono rompió con las Cortes, fué en Guipúzcoa donde se refugió la asustada y acorralada realeza. El país de los derechos, la nación de los fueros, gritó: *¡Viva el rey neto!* La antigua libertad vascongada hizo causa común contra el espíritu revolucionario con la antigua monarquía de las Españas y las Indias.

Y bajo esa aparente contradicción había una lógica profunda y un instinto verdadero. Las revoluciones,—insistamos en esto,—no tratan menos rudamente las antiguas libertades que los antiguos poderes. Todo lo renuevan, y lo rehacen en grande escala; pues trabajan para el porvenir, y toman desde ahora la medida de la Europa futura. De ahí esas inmensas generalizaciones que son, por decirlo así, los marcos de las naciones del porvenir y que encajan tan difícilmente en los viejos pueblos, y que tan poca cuenta tienen de las antiguas costumbres, de las antiguas leyes, de los antiguos usos, de las antiguas franquicias, de las antiguas fronteras, de los antiguos idiomas, de las antiguas usurpaciones, de los antiguos nudos que entrelazan todas las cosas, de los antiguos principios, de los antiguos sistemas, de los antiguos hechos.

En la lengua revolucionaria, los antiguos principios se llaman *prejuicios*, los antiguos hechos se llaman *abusos*. Esto es verdad y mentira á la vez. Cualesquiera que sean, republicanas ó monárquicas, las sociedades anticuadas se llenan de abusos, como

los viejos de arrugas y los edificios viejos de ruinas; pero habría que distinguir, arrancar la zarza y respetar el edificio, arrancar el abuso y respetar el estado. Esto es lo que las revoluciones no saben, no quieren ó no pueden hacer. Distinguir, escoger, poder. ¿Y tiempo para ello? Las revoluciones no vienen á escardar el campo, sino á hacer temblar la tierra.

Una revolución no es un jardinero, es el soplo de Dios.

Pasa por primera vez, y todo se derrumba; pasa por segunda vez, y todo renace.

Las revoluciones, pues, destruyen el pasado. Todo lo que tiene pasado las teme. A los ojos de las revoluciones, el antiguo rey de España era un abuso, el antiguo alcalde vasco era otro. Los dos abusos han sentido el peligro y se han ligado contra el enemigo común; el rey se apoyó en el alcalde. Y he aquí cómo ha ocurrido, con gran sorpresa de los que sólo ven la superficie de las cosas, que la antigua república guipuzcoana haya luchado por el antiguo despotismo castellano contra la constitución de 1812.

Esto, por otra parte, no carece de analogía con el hecho de la Vanda. La Bretaña era un país de estados y de franquicias. El día en que fué decretada la República una é indivisible, la Bretaña sintió confusamente que la unidad bretona iba á perderse en la gran unidad francesa, y se levantó como un solo hombre para defender el pasado y luchar por el rey de Francia contra la Convención nacional.

Los antiguos pueblos que pelean de esta suerte, son demasiado débiles para bajar al llano y presentar batalla campal á las nuevas razas, á las ideas nuevas, á los nuevos ejércitos, y llaman en su auxilio á la naturaleza, y hacen la guerra de los bosques, la guerra de montañas, la guerra del desierto. La Vanda hizo la guerra de los bosques; Guipúzcoa hizo la

guerra de montañas; el Africa hace la guerra del desierto.

Esta guerra ha dejado aquí huellas en todas partes. En medio de la más bella naturaleza y de la más hermosa cultura, por entre los campos de tomates que os suben hasta la cintura, por entre los maizales que cruza el arado dos veces cada estación, veis de pronto una casa sin vidrios, sin puerta, sin techo, sin habitantes. ¿Qué es esto? Os fijáis. En las piedras de la pared quedan las huellas del incendio. ¿Quién ha quemado esta casa? Los carlistas. El camino tuerce. Se presenta otra. ¿Quién ha quemado ésta? Los cristinos. Entre Hernani y San Sebastián, me propuse contar las ruinas que veía por el camino. En cinco minutos conté diez y siete. Renuncié á seguir.

En cambio, la pequeña revolución anti-espartista, que se denomina *el pronunciamiento*, se hizo en San Sebastián con la mayor tranquilidad del mundo. San Sebastián no se movía, dejando que las demás ciudades de la provincia se pronunciaran según su capricho. En esto, llega un mensaje de las gentes de Pamplona. Que hay que pronunciarse en San Sebastián ó que de lo contrario van á bajar. San Sebastián no tiene miedo, pero la pobre villa está fatigada. La guerra civil de Espartero, después de la guerra civil de Don Carlos, era demasiado. Los principales de la villa se reunieron en el ayuntamiento; convocaron á los dos oficiales de cada compañía de la milicia urbana; colocaron en una sala una mesa cubierta con un tapete verde; sobre aquella mesa escribieron cualquier cosa, cuya cosa se leyó desde la ventana á las personas que estaban en la plaza; algunos niños que jugaban á la rayuela se interrumpieron un instante y gritaron: ¡Viva! Aquella misma tarde comunicáronse esos acontecimientos á la guar-

nición que estaba en el castillo. La guarnición se adhirió á la cosa escrita en la mesa de la alcaldía y leída en la ventana de la plaza. Al día siguiente el general se marchó por la posta; al otro día el jefe político tomó la diligencia; dos días después se marchó el coronel. La revolución estaba hecha.

Por lo menos así me ha sido contada la historia.

Iba de conserva, al atravesar este hermoso y devastado país, con un ex capitán carlista, encaramado como yo en el imperial de *las diligencias peninsulares* de Bayona. Era un hombre de finos modales, distinguido, taciturno, meditabundo. Yo le pregunté á quemarropa en español: *¿Qué piensa usted de Don Carlos?* Y él me respondió en francés: *Es un imbécil*. Tomad el imbécil en el sentido de *imbecillis*, débil. Y tendréis un juicio verdadero que no afectará al hombre, sino al determinado momento en que el hombre há vivido.

Esa guerra de 1833 á 1839 fué salvaje, violenta. Los campesinos vivieron cinco años dispersos en los bosques y en el monte, sin poner pie en sus casas. Tristes instantes para una nación aquellos en que desaparece la *propia morada*. Los unos estaban en el servicio, los otros fugitivos. Había que ser carlista ó cristino. Los partidos exigen que se sea de su partido. Los cristinos quemaban á los carlistas, y los carlistas á los cristinos. Repetíase la antigua ley, la antigua historia, el antiguo espíritu humano.

Los que se abstenían, eran acorralados hoy por los carlistas y fusilados mañana por los cristinos. El incendio humeaba constantemente en el horizonte.

Las naciones en guerra conocen el derecho de gentes, los partidos lo ignoran.

Aquí, la naturaleza hace cuanto puede para serenar al hombre, y el hombre hace cuanto puede para obscurecer la naturaleza.

Don Carlos no tomaba personalmente parte alguna en la guerra. Residía ora en Tolosa, ora en Hernani. Alguna vez iba de una á otra villa, rodeado de una pequeña corte, dando algunas audiencias, y viviendo según la más rigurosa etiqueta española. Cuando llegaba á alguna aldea donde no había estado aún, buscábasele la mejor casa; pero sabía contentarse con poco. Vestía ordinariamente una levita de color obscuro, sin charreteras ni bordados, con el toisón de oro y la placa de Carlos III. Su hijo, el príncipe de Asturias, llevaba la boina vascongada, y tenía muy buen semblante. Don Carlos, la princesa de Beira, su esposa, y el príncipe de Asturias, viajaban á caballo; y la princesa de Beira daba ejemplo de valor en el peligro y de buen humor en la fatiga. Varias veces el grupo real estuvo á punto de ser sorprendido por Espartero: la princesa entonces montaba alegremente á caballo, y decía riendo: *Vamos*.

Fernando VII no amaba á Don Carlos y le temía. Acusábale de conspirar bajo su reinado, lo cual no era cierto. No obstante, la última persona que el rey Fernando veía todas las noches antes de dormirse, era su hermano. A media noche, Don Carlos entraba, besaba la mano del rey y salía, con frecuencia sin que ambos hermanos se cruzaran una palabra.

Los guardias de corps tenían orden de no dejar entrar á aquella hora en la cámara regia más que á Don Carlos y al famoso padre Cirilo. Ese padre Cirilo tenía ingenio y era literato. Es una silueta que merecía la pena de ser dibujada entre dos príncipes semejantes y dos semejantes hermanos. Los partidos le han desfigurado caprichosamente con extraño furor.

Entre los guardias de corps de Fernando VII había muchos ingleses. Con ellos conversaba con más gusto el rey cuando iba á jugar, después de la misa,

una partida de billar, que era su mayor preocupación, y que duraba casi todo el día. Cuando estaba de buen humor, les daba cigarros.

A decir verdad, Don Carlos perdió la partida como pretendiente el día en que murió Zumalacárregui. Zumalacárregui era un verdadero vascongado. Era el nudo del haz carlista. Después de su muerte, el ejército de Carlos V no fué más que un haz desatado, como dice el marqués de Mirabeau. Al rededor de Don Carlos había dos partidos: el partido de la corte, el *rey neto*, y el partido de los derechos, los *fueros*. Zumalacárregui era el hombre de los «derechos». Al lado del príncipe neutralizaba la influencia clerical, y decía á menudo: *¡Al demonio los frailes!* Se las tenía tiasas con el padre Larrañaga, confesor de Don Carlos. Navarra adoraba á Zumalacárregui. Gracias á él, el ejército de Don Carlos contó treinta mil combatientes regulares y doscientos cincuenta mil insurrectos auxiliares, extendidos por la llanura, el bosque y la montaña.

El general vascongado trataba, por otra parte, á «su rey» muy caballerosamente. Era él el que colocaba y manejaba á su capricho aquella pieza capital de la partida de ajedrez que se jugaba entonces en España. Zumalacárregui escribía en un pedazo de papel: *Hoy Su Majestad irá á tal parte*. Y Don Carlos iba.

La guerra de Navarra terminó en 1839 bruscamente. La traición de Maroto, pagada, según dicen, con un millón de pesetas, descompuso el ejército carlista. Obligado Don Carlos á refugiarse en Francia, fué conducido hasta la frontera á tiros de fusil.

Aquel día algunas familias de Bayona habían ido, precisamente, á divertirse á ese punto de la frontera, á donde la casualidad condujo á Don Carlos. Y así asistieron á la entrada del príncipe y á la última

lucha de las escasas tropas fieles que le rodeaban. Desde que el príncipe hubo puesto el pie en territorio francés, cesó el tiroteo.

Había allí una pobre vivienda de cabrero. Don Carlos entró. Al entrar, dijo á la princesa de Beira que le acompañaba:—¿Tenéis miedo?—No, señor, respondió ella.

Luego el príncipe pidió una silla y se hizo decir la misa por un capellán. Oída la misa, tomó el chocolate y fumó un cigarro.

El puñado de hombres que había peleado por él hasta el último momento, sólo se componía de navarros. Fué rodeado y preso por un destacamento francés. Aquellos pobres soldados se marcharon por un lado y Don Carlos por otro. No les dirigió ni una palabra; ni siquiera les miró. El príncipe y el ejército se separaron sin despedirse.

Elío, que había pasado diez y siete meses en prisión por orden de Don Carlos, estaba entre aquel pelotón. Cuando llegó á Bayona, el general Harispe le dijo:—General Elío, tengo orden de hacer una excepción para usted. Pídame cuanto desee. ¿Qué es lo que desea para usted y su familia?—Pan y zapatos para mis soldados, dijo Elío.—¿Y para su familia?—Acabo de decírselo.—Usted no ha hablado más que de sus soldados, repuso el general Harispe.—Mis soldados, respondió Elío, son mi familia.—Elío era un héroe.

San Sebastián vió esos acontecimientos y muchos otros. Fué bombardeado por los franceses en 1719, é incendiado en 1813 por los ingleses.

Pero me anuncian que va á salir el correo. Echo presurosamente, y sin volverlo á leer, todo ese fárrago bajo sobre. Me parece que puedo acabar esta carta con un bombardeo y un incendio.